

PALABRAS PREVIAS

Estas Orientaciones no pretenden ser un comentario litúrgico o pastoral, ni una exposición erudita de los textos bíblicos; tampoco unas homilias acabadas, como fórmulas que puedan aplicarse en cualquier lugar, en cualquier tiempo y a cualquier clase de personas.

Quiéren ser un punto de partida y una guía para cuantos deseen comprender mejor y profundizar en esta Palabra que se nos anuncia fragmentariamente; para cuantos quieren escuchar los ecos profundos que nos llegan, como una suave brisa o envueltos en el silencio, desde la lejanía de los tiempos y las generaciones.

No es preciso recordar que la Palabra de Dios no es un mensaje esotérico para grupos de iniciados, ni una filosofía arcana para hombres de biblioteca, sino Buena Nueva de salvación para todos los hombres. Jesús la proclamó al aire y a la luz de su Galilea, junto al lago o en la montaña, y mandó a sus discípulos que también la proclamaran a la luz del día y desde las azoteas para que todos pudiesen escucharla (Mt 10,27). Es más, antes de subir al Padre les dijo: *"Id a todo el mundo y predicad el Evangelio a toda la creación..."* (Mc 16,15). Así lo hicieron, y así empezaron a nacer por todas partes comunidades cristianas. De San Pablo sabemos que predicaba a los portuarios de Corinto, a los pobres de Macedonia, a los tejedores, a los esclavos..., y éstos le comprendieron; pero fracasó ante los sofistas de Atenas.

Nosotros recibimos esta Palabra en el seno de una comunidad, de la gran Comunidad de la Iglesia, que se extiende más allá del tiempo y del espacio, y, en primer lugar, de la pequeña comunidad en que cada uno está inserto. Por eso no puede considerarse como algo irreal o como parte obligada de un rito misterioso, sino como realidad viva que debe penetrar en el interior de cada uno para que también se haga *«palabra viva en nosotros»*. Tal palabra así recibida nos interpela, nos sacude interiormente e invita a marchar hacia adelante. Traza sendas nuevas, ilumina horizontes oscuros, abre puertas que antes estuvieron cerradas, descubre sentidos que nunca se habían captado, desencadena procesos interiores de profundización personal y de comunicación con los otros.

Pero no sólo esto. Cuando escuchamos esta Palabra nos sumergimos en la experiencia religiosa de miles de generaciones que nos han precedido, nos hacemos partícipes de las experiencias espirituales de nuestros contemporáneos, sumamos las nuestras a ese acervo común y dejamos la huella de nuestra propia vivencia a las generaciones que nos han de seguir.

Por esta vía aprendemos a conocer a Dios y a conocer también al hombre en su intimidad más profunda, y la Palabra se convierte así en encuentro vivo con el "otro": con el *«Otro absoluto»*, que es Dios; con el *«otro relativo»*, que es cualquier hermano, cualquier hombre.

Pero la Palabra de Dios se nos proclama en el marco de la celebración litúrgica de la Eucaristía en el Día del Señor. Por eso para comprender el sentido y la finalidad de la misma en su proclamación hemos de tener en cuenta lo siguiente:

1. *La celebración de la Eucaristía* no es un acto religioso privado, que coincide en el espacio y el tiempo con los actos religiosos privados de otros cristianos, sino un *acto comunitario*, o sea, de un conjunto de personas que están o entran en comunión. Es, pues, una reunión de creyentes, de hermanos, para orar juntos al Padre, en sintonía con los problemas de la propia comunidad, de la Iglesia y de toda la Humanidad; para juntos escucharla Palabra de Dios que se proclama y nos interpela; para juntos participar en la Eucaristía. La ausencia de cualquiera de estos aspectos desvirtúa la celebración y la convierte en algo carente de sentido o tal vez en una simple y pesada obligación. O en un rito vacío y mágico.

2. *Las lecturas*, tomadas de los Libros Santos, están escogidas no al azar para llenar un tiempo ni para exponer ciertos relatos sobre acontecimientos lejanos o concepciones religiosas y morales que parecen ajenas a nuestros problemas y preocupaciones. Tampoco pueden ser el pretexto para manifestar, ante un público que dócilmente nos escucha, nuestras propias ideas sobre determinadas cuestiones, enjuiciadas sólo desde su vertiente temporal y humana. Son trozos de una Historia Santa, de una Historia de Salvación, que nos invitan a situarnos como protagonistas dentro de esa Historia, cuyo punto culminante es Cristo, y a permanecer abiertos a la palabra de juicio y renovación que en ella se contiene.

3. *El encuentro con la Palabra de Dios* encarnada y presente en la Eucaristía debe ser resultado del previo encuentro con la Palabra de Dios escrita. El encuentro eucarístico nos hace revivir el misterio liberador de la Pascua, recupera las energías que perdemos en el diario caminar, potencia nuestro esfuerzo para guardar en todo momento la fidelidad al compromiso cristiano, nos da el sentido de la esperanza y el talante de la alegría en este tiempo nuestro, que es el tiempo de la Historia.

4. Mas si queremos que esa Palabra de Dios mantenga su sentido pleno para nosotros hemos de subrayar que nuestra reunión tiene lugar en el Día del Señor y que, por tanto, este Día habrá de ser una fiesta. Aire de fiesta, espíritu y alegría de fiesta en el ambiente, en los rostros, en los corazones.

Esta fiesta es la respuesta del hombre creyente a la obra creadora de Dios y a su acción salvadora por medio de Cristo: respuesta hecha de alabanza, de acción de gracias, de amor, de reconocimiento, porque cuanto Dios ha hecho es muy bueno y porque su amor triunfa sobre nuestras infidelidades y nuestros pecados. Es también respuesta al reto del mundo, al pesimismo existencial, al sufrimiento y la desesperanza de los hombres: afirmación gozosa del triunfo de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio, de la misericordia sobre el castigo. Es la constatación clamorosa de la presencia del Reino de Dios entre nosotros.

Esta alegría, este espíritu, esta exaltación jubilosa, han de invadir todas las manifestaciones de nuestra vida e indudablemente nuestra reunión eucarística. Por eso en ella cantamos y la escucha de la Palabra de Dios se traduce en canto. Escribía San Agustín: *"Cantar es alegría, y si nos fijamos más detenidamente, cantar es amar... Cantad con vuestra voz, cantad con vuestro corazón, cantad con vuestra boca, cantad con vuestras costumbres. Sed vosotros mismos el canto que vais a cantar"*.

Finalmente, no podemos olvidar que la Palabra de Dios fue dirigida, en primer lugar, al pueblo judío y en él cristalizó; que a esta Palabra, Escritura Santa de su pueblo, se refirió Jesucristo; que esta Palabra fue también el alimento de los apóstoles y de las primeras comunidades cristianas; que esta Palabra ha sido y es igualmente alimento, luz, guía, esperanza, manantial de fe y vida para el pueblo judío a lo largo de su azarosa y atormentada historia. Por ello, la vivencia que este pueblo tiene de la Palabra de Dios puede ayudarnos a comprenderla mejor desde nuestra óptica cristiana, que incluye también la nueva Revelación, y a situarnos en la referencia exacta a nuestras raíces, cuya relación a veces hemos perdido.

Creemos que sólo en este marco y con este talante podremos escuchar la Palabra de Dios y lograr que ésta tenga resonancias profundas hasta en los estratos últimos de nuestro ser. Por eso nosotros usaremos aquí de este talante y de este marco.

Hombres del Libro y de la Palabra, cuando nos disponemos a proclamarla o a oír su proclamación, o cuando nos sumergimos en su lectura, hemos de hacerla misma petición que Salomón hizo en el sueño que tuvo, tras ofrecer mil holocaustos en el altar de Gabaón: *"Dame, Señor, un corazón que escuche"* (1 R 3,9).